

habia entrado con ardor en las guerras del imperio, mientras que en los últimos se habia consagrado, mas especialmente á las funciones sacerdotales, siendo muy escrupuloso en cumplir con todos los ritos minuciosos que exigia el culto azteca. Tenia un aspecto grave y mesurado; hablaba poco y despues de meditar cuerdamente lo que iba á decir. Todo su porte estaba calculado para inspirar ideas de gran santidad.¹ Cuando fueron á anunciarle su eleccion, le encontraron barriendo las gradas del templo mayor dedicado al Dios de la guerra de la nacion. Recibió á los mensajeros de aquella nueva con afectada humildad, y haciendo mil protestas de su insuficiencia. La alocucion que era costumbre dirigir al monarca en tales ocasiones, la hizo su pariente Netzahualpilli, el sabio rey de Tezcuco.² Afortunadamente aun se conserva ese documento, que puede servir de muestra de lo que era la elocuencia entre los indios. Ya al terminar su alocucion, dice el orador, “¿quién puede dudar de que ha tocado al zenit de su grandeza el imperio azteca desde que lo ocupa aquel cuya sola presencia llena de respeto á

1 Su nombre convenia con su carácter, pues segun dice Las-Casas, Moteuczoma significa en lengua mexicana, hombre triste ó austero. Hist. de las Ind., MS. lib. 3, cap. 120. Ixtlilxochitl, Hist. Chichi., MS. cap. 70. Acosta. lib. 7, cap. 20. Coleccion de Mendoza, págs. 13, 16. Codex Tel-Rem., pág. 143, en las Antig. de México, VI.

2 Véase en el cap. 6º del lib. 1º de esta obra para una noticia mas completa acerca de este príncipe.

CAPITULO VI.

Noticias sobre Moteuczoma. — Estado de su imperio. — Pronósticos extraordinarios. — Embajada y regalos. — Campamento español.

(1519.)

Dejemos á los españoles en la tierra caliente, y trasportémonos á la distante capital de México, donde habia causado no poca impresion la llegada de aquellos maravillosos huéspedes á las costas del imperio. Ocupaba á la sazón el trono Moteuczoma II, sobrino del último, y nieto del antepasado monarca. Habia sido nombrado para la dignidad régia en 1502, prefiriéndole á sus hermanos, por ser mas apto que ellos, tanto en la milicia como en el sacerdocio, reunion de funciones que en México, aunque no tan frecuentemente como en Egipto, se encuentra á veces en los soberanos. En sus primeros años

cuantos le miran? Regocíjate, pueblo afortunado, pues que tienes ahora un soberano que será para tí un firmísimo apoyo, y un padre en tus necesidades, mas que un hermano en sus simpatías y cariño; que mirará con desden los blandos placeres de los sentidos y la destructora molicie de la pereza. Y tú, ilustre jóven, no dudes que el Criador que ha echado sobre tus hombros tan pesada carga, te habrá dado las fuerza necesaria para sobrellevarla: que el que hasta ahora ha sido tan liberal para contigo, en lo sucesivo te colmará de bendiciones y te mantendrá firmemente asentado en el trono, por el espacio de largos años." Estos halagüeños pronósticos que arrancaron lágrimas al príncipe que los escuchaba, no debían realizarse.¹

Moteuczoma desplegó al principio de su reinado toda la energía y actividad que se había desplegado en el reinado anterior. Su primera expedición contra una provincia comarcana que se había revelado, tuvo un éxito feliz y le proporcionó una turba de cautivos, con cuyo sangriento sacrificio solemnizó su coronación. Esta fué celebrada con desusada pompa y grandeza. Los juegos y ceremonias religiosas duraron varios días, y concurrieron á ellos multitud

¹ En Torquemada, (Monarch. Ind., lib. 3, cap. 68) se puede ver íntegra la alocución. Este escritor estuvo en el país poco mas de cincuenta años de que se pronunció. Recientemente la ha publicado Bustamante en la obra titulada: «Texcúco en los últimos tiempos.» (México, 1826,) pág. 256, 258.

de personas venidas de puntos distantes de la capital y aun algunos nobles Tlaxcaltecas, los enemigos hereditarios de los mexicanos. Habíase disfrazado para evitar que los descubriesen; mas no bastó aquella precaucion, y fueron cogidos y llevados al monarca, quien lo que únicamente hizo fué darles agradable conversacion y colocarles en un sitio donde pudisen presenciar cómodamente los juegos. Considerando la inveterada enemistad entre las dos naciones, se puede decir que aquel acto fué generoso y magnánimo.

En los primeros tiempos de su reinado estuvo Moteuczoma empeñado en guerras incesantes, que frecuentemente conducía él en persona. La bandera azteca se vió ondear en las lejanas provincias que están cerca del Golfo de México, y en las remotas regiones de Nicaragua y Honduras. Generalmente fueron coronadas estas expediciones de buen éxito; por manera que los límites del imperio se ensancharon como nunca se habían visto.

No descuidaba por eso el emperador del gobierno interior de su estado, pues hizo algunas reformas importantes en el arreglo de la justicia, y cuidó atentamente del cumplimiento de las leyes, imponiendo severísimas penas á los infractores. Acostumbraba pasearse personalmente por las calles de la capital, para ver por sus propios ojos los abusos que se cometían. Cuéntase que alguna vez, usando de medios

menos lícitos, tentó la probidad de sus jueces, ofreciéndoles grandes cohechos con tal de que faltasen á sus deberes, llamando despues á estrecha cuenta á los que habian tenido la debilidad de sucumbir á sus tentaciones.

Remuneraba liberalmente á sus buenos servidores, y mostró no menos munificencia en todos sus edificios públicos: erigió y embelleció los templos: introdujo el agua en la capital abriendo un nuevo acueducto, y estableció en la ciudad de Colhuacan¹ un hospital ó asilo para los soldados inválidos.

Todos estos actos, tan dignos de un buen príncipe, estaban contrapesados por otros de naturaleza diametralmente contraria.

A la hipócrita humildad que habia simulado antes de su advenimiento al trono, sucedió una intolerable arrogancia. En sus casas de recreo, en su vida privada y en todo lo que le rodeaba, ostentó una pompa y un lujo que excedian á cuanto se habia visto bajo el reinado de sus predecesores. Se ocultaba de las miradas del pueblo, ó cuando se presentaba públicamente, exigia de sus vasallos las mas serviles humillaciones, y en el interior de su palacio le servian hasta en los servicios mas domésticos, personas de alta clase. Despidió de los puestos que ocu-

¹ Acosta, lib. 7, cap. 22. Sahagun, Historia de Nueva España, lib. 8, prólogo y cap. 1.º Torquemada, op. cit. lib. 3, caps. 73, 74 y 81. Coleccion de Mendoza, págs. 14, 85, en la Col. de Antig. de México, vol. VI.

paban en tiempo de su predecesor, á varios plebeyos y soldados pobres de gran mérito, porque decia que deshonoraban el trono, sin que fuesen parte á estorbarlo las observaciones de sus ancianos y prudentes consejeros.

Al mismo tiempo que disgustaba á sus vasallos con este porte altanero, les vejaba con los onerosos impuestos que exigia la disipacion de su corte, reportando aquellos principalmente sobre las ciudades conquistadas. Esta opresion ocasionaba los disturbios, la resistencia é insurreccion de los cansados pueblos; por manera que en los últimos años del reinado, una mitad de la nacion se empleaba incesantemente en reprimir los alzamientos de la otra mitad. Desgraciadamente no habia principios de amalgamacion, de suerte que las nuevas posesiones pudiesen, uniéndose á la antigua monarquía, formar despues un solo todo; por el contrario, los intereses eran encontrados. Así es que mientras mas se dilatava el imperio azteca, mas se debilitaba; semejante á un vasto y desproporcionado edificio, cuyos disgregados materiales no teniendo ningun principio de liga y trabazon, se hundien bajo su propio peso y están prontos á caer al mas leve impulso de la tempestad.

En 1516 murió el príncipe tezcucano Netzahualpilli, en quien perdió Moteuczoma su mas hábil consejero. Disputábanse la sucesion los dos hijos de aquel,

Cacama é Ixtlilxochitl, ayudado el primero por Moteuczoma. El segundo, el mas jóven de los dos príncipes, era audaz y aspirante, y excitó al patriotismo de su nacion, haciendo valer que su hermano no podia mirar por el bien de la nacion tezcucana, estando sus intereses personales tan unidos á los de México. Siguióse de aquí una guerra civil que terminó por un convenio, por el cual la mitad del reino, inclusa la capital, tocó á Cacama, y la parte septentrional á su ambicionado rival. Desde entonces fué la mortal enemistad de Ixtlilxochitl contra Moteuczoma.¹

Aun mas formidable enemigo de este último era la pequeña república de Tlaxcalan, situada entre el valle mexicano y la costa. Habia conservado su independencia durante mas de dos siglos, contra las fuerzas coligadas del imperio. En recursos no tenia rival: en civilizacion poco le aventajaban los otros dos grandes Estados; y en valor y proezas militares habia adquirido una nombradía que no cedia á la de ninguna otra nacion del Anáhuac.

Tal era la situacion de la monarquía azteca cuando la llegada de Cortés: el pueblo disgustado de la arrogancia del soberano: las provincias y las ciudades distantes, vejadas por las exacciones fiscales; y

¹ Clavijero, Hist. del Messico, tomo 1º, págs. 267, 274, 275. Ixtlilxochitl, Hist. Chichi., MS., cap. 70, 76. Acosta, lib. 7, capítulo 21.

los poderosos enemigos que le rodeaban, espiando la hora en que podian atacar con ventaja á su detestable y formidable rival. Sin embargo, aun era poderoso el reino por sus recursos interiores, por la fuerza de voluntad del monarca, por el largo hábito de obedecerla, por el terror de su nombre, por el valor de sus ejércitos, bien instruidos en la táctica de la guerra de los salvajes. Mas habia ya llegado el tiempo en que aquella táctica imperfecta y aquellas toscas armas chocasen con la ciencia y el arte de una de las naciones mas ilustradas del globo.

o Durante los últimos años de su reinado, raras veces mandaba Moteuczoma personalmente las expediciones militares; regularmente las confiaba á sus generales, mientras el se ocupaba de preferencia en ejercer las funciones sacerdotales. Bajo el gobierno de ningun otro rey, habia gozado el sacerdocio de mayores privilegios y prerogativas. Los ritos y ceremonias religiosas se celebraban con pompa nunca vista: se consultaba á los oráculos hasta los motivos mas triviales; y á las voraces deidades se les ofrecian en holocausto, millares de víctimas humanas sacadas de las provincias conquistadas ó alzadas. La religion, ó para hablar mas exactamente, la supersticion de Moteuczoma, fué una de las causas principales de su desgracia.

En uno de los capítulos precedentes he hablado de las tradiciones populares acerca de Quetzacoalt,

esa deidad de hermosa figura y de barba flotante, de fisonomía tan distinta de la de los indios, el cual despues de desempeñar entre los aztecas una mision de beneficencia, se embarcó en el Océano Atlántico, para las misteriosas playas del Tlapallam.¹ Al partir ofreció que volveria algun dia con toda su posteridad y tomaria posesion del imperio. Ese dia se aguardaba ya con esperanza, ya con temor, segun los intereses de cada uno, pero con una confianza universal en todo el Anáhuac. Aun despues de la conquista algunas razas indias esperaban la venida de aquel Dios con la misma confianza y con tanto entusiasmo, como el que con que aguardaban los portugueses la venida de su rey Sebastian, ó los judios la de su Mesías.²

Parece que en tiempo de Moteuczoma era opinion unánime que habia llegado la época de que volviese el Dios y de que se cumpliesen sus promesas. Se dice que semejante creencia tomó su origen de ciertas ocurrencias preternaturales, que todos los escritores antiguos refieren con mas ó menos prolijidad.³

¹ Libro I, cap. 3º de esta obra.

² Tezozómoc, Crónica mexicana, MS., cap. 107. Ixtlilxochitl, Hist. Chichi. MS., cap. 1. Torquemada, op. cit. lib. 4, cap. 24. Codex Vaticanus, en las Antig. de México. vol. VI. Sahagun Hist. de N. E., lib. 8, cap. 7. Ibid, MS., lib. 12, caps. 3, 4.

³ «Tenia por cierto,» dice Las-Casas, hablando de Moteuczoma, «segun sus profetas ó agoreros le habian certificado, que su estado é riquezas é prosperidad habian de perecer dentro de pocos años, por ciertas gentes que habian de venir en sus dias, que de su felicidad lo

En 1510 la laguna de Texcoco, sin sobrevenir tempestad, terremoto ni ninguna otra cosa visible, se agitó violentamente, se desbordó y llegando hasta las calles de la ciudad, arrasó en medio de las furias de sus olas, una gran parte de los edificios. En 1511, una de las torrecillas del templo mayor se incendió, tambien sin causa aparente, y continuó ardiendo á pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para apagar el fuego. En los años siguientes aparecieron tres cometas, y poco antes de la llegada de los españoles se vió en el Oriente una luz muy extraña, cuya base descansaba sobre el horizonte, y elevándose en la forma piramidal, se iba angostando al acercarse al zenit: parecia una vasta faja de fuego que despedia chispas, ó como se expresa un antiguo escritor, *abundantemente salpicada de estrellas*.¹ Al mismo tiempo que esto se veia, se oyeron voces lastimeras y dolorosos quejidos, que parecia como que anunciaban alguna extraordinaria y misteriosa calamidad. El monarca azteca, aterrado por el fenómeno que habia aparecido en los cielos, consultó con Netzahualpilli, hombre versadísimo en la sutil ciencia de la astrología, quien envolvió en confusion y

derrocarse y por esto vivia siempre con temor y en tristeza y sobresaltado.» Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.

¹ Camargo, Historia de Tlaxcalan, MS. El intérprete del Código Teleriano-Remense, piensa que este brillante fenómeno no era otra cosa mas que una erupcion de los grandes volcanes de México; Antig. de México, vol. VI.

espanto el espíritu del monarca, al anunciarle que él leía en aquellos portentos los agüeros de la próxima ruina del imperio.¹

Estos son los cuentos extraordinarios que refieren los cronistas; cuentos en que no es cosa fácil descubrir algunos vislumbres de verdad.² Habían pasado cerca de treinta años desde que Colon descubrió las islas, y mas de veinte desde que visitó por primera vez el continente americano. Los rumores acerca de la venida maravillosa de hombres blancos que tenían en su mano el trueno y el relámpago, y cuyo aspecto se asemejaba mucho al de Quetzalcoatl, deben haberse esparcido y penetrado por todas las naciones indias, hasta llegar á la gran mesa del centro, donde la venida de los españoles habrá encontrado ya predisuestos los ánimos á creer en el cumplimiento de sus tradiciones acerca de la vuelta de la gran deidad.

Cuando la imaginacion está exaltada, en todas partes se ven prodigios, ó por mejor decir, sucesos

¹ Sahagun, op. cit. MS., lib. 12, cap. 1. Camargo, op. cit. Acosta, lib. 7, cap. 23. Herrera, Hist. Gen. de las Ind. Dec. 2, lib. 5, cap. 5, Ixtlilxochitl, Hist. Chichi. MS., cap. 74.

² Omíto hablar aquí del mas estupendo de los milagros, bien que en la curia romana se hayan presentado testimonios legales de su verdad; quiero hablar de la resurreccion de Papatzin, la hermana de Moteuczoma, verificada cuatro dias despues de su muerte para anunciar al monarca la próxima ruina de su imperio. Sin embargo, no falta en nuestro siglo quien crea en aquel milagro! Véase la nota de D. Carlos M. Bustamante en el tomo II, pág. 270 de la Historia de Sahagun.

no muy comunes de por sí, aparecen al través del pálido medio del miedo, como verdaderos prodigios: así, las creces de un lago, la aparicion de un cometa y el incendio de un edificio, se tomaron por anuncios del cielo.¹ Tal sucede tambien antes de esas grandes convulsiones políticas que sacuden hasta los fundamentos de las sociedades: las precede la sombra de grandes acontecimientos: el aire resuena con esos sordos y proféticos rumores con que tanto en el órden físico como en el moral, anuncia la naturaleza la carrera de un huracán.

Cuando el año anterior llegó á la capital la nueva de la venida de Grijalva, el ánimo de Moctezuma cayó en un profundo desaliento: conoció que el hado fatal que por tanto tiempo habia amenazado á la familia real de México, iba á cumplirse, y que el cetro iba á caer de sus manos para siempre. Aunque un poco consolado por el reembarco de los españoles, apostó centinelas en las alturas, por manera que cuando volvieron los europeos á las órdenes

¹ Lucano ha hecho una completa enumeracion de otros prodigios de esta clase, presenciados en la capital del imperio romano en una ocasion análoga. (Farsalia, lib. I, v. 523 y siguientes.) ¡Pobre naturaleza humana: es la misma que en todas partes! Maquiavelo ha creído el asunto digno de ocupar un capítulo especial de sus «Discursos.»

Este filósofo llega á creer aun en la existencia de seres benéficos, que producen estos fenómenos como para avisar á los hombres de alguna próxima calamidad. Discorsi sopra Tito Livio, lib. 1º, capítulo 56.